

## RESULTADOS DE G<sup>e, i</sup> EN LA PENINSULA

Uno de los rasgos peculiares del castellano es el vario resultado del sonido en que, más tarde o más temprano, confluyeron los que el latín clásico representaba por G<sup>e, i</sup>, J, DJ, GJ.

Sabido es que la documentación latino-vulgar atestigua la confusión entre estas grafías. Es natural suponer que a este trueque de los signos gráficos se correspondiera una confusión paralela de los sonidos que representaban inicialmente<sup>1</sup>. Tendían, pues, a confluír en una sola articulación, de manera análoga a como, algo más tardíamente, sus correlatos sordos (G<sup>e, i</sup>, TJ, CJ) presentan idéntico proceso de confusión. Pero si estos testimonios prueban el trueque de tales sonidos en el latín vulgar y el acercamiento de sus realizaciones fonéticas hasta el punto casi de hacerles perder sus calidades distintivas, no podemos decir, por el contrario, que demuestren su absoluta unificación y confluencia en un solo sonido. De otro modo, no se habrían mantenido hasta hoy, en algunas zonas de la Romania, ciertas distinciones fónicas<sup>2</sup>. Así, el sardo (en

<sup>1</sup> Sobre estas confusiones véase, por ejemplo, A. C. JURET, *Manuel de phonétique latine*, Paris, 1921, p. 160-161; G. DEVOTO, *Storia della Lingua di Roma*, Bologna, 1944, p. 301; R. G. KENT, *The Sounds of Latin*, Baltimore, 1945, §§ 46, 48 y 60: Giove, Zanuario, Sustus, oze, zaconus etc.

<sup>2</sup> Véase W. MEYER-LÜBKE, «Zur Geschichte von lat. G<sup>e, i</sup> und J im Romanischen», en *Vox Romanica*, I (1936), págs. 1-31. También señala casos de conservación en préstamos latinos de lenguas no románicas.

sus dialectos centrales hodiernos más conservadores) presenta para  $g^{e.1}$  resultado diferente que para  $j$ : *gēneru*, *gelāre*, *giāre*, *giŋgida*, *ferrāgine*, *irgēndzu* (con [g] oclusiva), frente a *yāvu*, *yōsso*, *yāna*, *yūŋku*, *yunta*, *pēyus*, *mōyu*, *kurrīa* etc.<sup>3</sup>. En vegliota, igualmente, se mantiene  $g^{e.1}$  como oclusiva: *gelut*, *fregur* < fr i g e r e<sup>4</sup>. Otras zonas románicas, aunque  $g^{e.1}$  se haya palatalizado, ofrecen también soluciones distintas para este sonido y para  $j$ . Así en los Grisones: *ŷuk* < i o c u , *ŷākun* < I a c o b u (con mediopalatal africada), mientras *žēndər* < g e n e r u , *žnūj* < g e n u c u l u (con fricativa prepalatal). Análogamente, en Livigno (Valtellina): *ŷōngola* < i u n g u l a , frente a *žēla* < g e l a t<sup>5</sup>.

Estos datos demuestran que no se produjo en latín vulgar la total igualación de  $g^{e.1}$ ,  $j$ ,  $ɔj$ ,  $gj$ , sino sólo la aproximación de sus articulaciones, la cual conducía a los frecuentes trueques registrados. La confluencia de estos sonidos, la pérdida de su distinción, tendría lugar en época más avanzada, cuando las corrientes innovadoras ya no podían llegar a todas las regiones de la Romania, especialmente a las que quedaban aisladas por la penetración de algunos pueblos bárbaros<sup>6</sup>.

Pero en la mayor parte de la Romania la confusión se consumó y las cuatro grafías latinas representaron un único sonido, que en unas zonas fué [ž] (o [z]) y en otras [y]. Esto ocurre también en la península hispánica; no obstante, dentro de ella, alguna región ofrece resultados complicados. Veamos lo que sucede<sup>7</sup>.

Nuestros sonidos, en latín, se distribuían así, según su posición en el seno de la palabra:

<sup>3</sup> M. L. WAGNER, *Historische Lautlehre des Sardischen*, Beihefte zur ZRPh, 93, Halle, 1941, § 127 sig. (págs. 82 sig.). Comp. W. v. WARTBURG, *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, Berna, 1950, págs. 12-13.

<sup>4</sup> MEYER-LÜBKE, op. cit., pág. 1; G. ROHLFS, *Historische Grammatik der Italienischen Sprache*, I, §§ 156 y 218.

<sup>5</sup> MEYER-LÜBKE, op. cit., págs. 1-2; ROHLFS, op. cit., § 158.

<sup>6</sup> Comp. WARTBURG, op. cit., págs. 71 y sig.

<sup>7</sup> La exposición de MEYER-LÜBKE, loc. cit., págs. 29-31, es demasiado breve para las lenguas peninsulares.

<u>posición inicial</u>	<u>posición posconsonántica</u>	<u>posición intervocálica</u>
G <sup>e.1</sup>	cons. G <sup>e.1</sup>	-G <sup>e.1</sup>
—	cons. GJ-	-GJ-
J-	cons. J-	-J-
DJ-	cons. DJ-	-DJ-

Producida o no la confluencia de los cuatro sonidos, era de esperar que dieran resultados diferentes según sus posiciones, análogamente a como se comportan las demás consonantes: debilitamiento entre vocales y mejor conservación en los otros dos puestos (iniciales y posconsonánticos). Pero no hay que olvidar un hecho: que -J- en latín era en realidad una geminada [j̄j]<sup>8</sup>, y que, tras la palatalización, los grupos -GJ- y -DJ- darían asimismo un resultado geminado [j̄j], mientras la simple -G<sup>e.1</sup>- se palatalizaría en simple [j]. De este modo, en un principio, ambos grupos de sonidos no podrían coincidir en la posición intervocálica, como tampoco coincidieron los resultados de -pp- y -p-, de -tt- y -t-, de -ss- y -s- etc. Y, efectivamente, en la península no coincide el resultado de G<sup>e.1</sup> intervocálico con el de los otros sonidos: *magistru* > port. *mestre*, esp. *maestro*, cat. *mestre*, pero *maiu* > port. *maio*, esp. *mayo*, cat. *maig*.

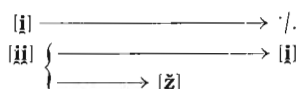
Descontando por ahora la posición posconsonántica, tenemos, pues, que suponer al principio esta distribución:

<u>inicial</u>	<u>intervocálica</u>
I. [j̄]	-[j̄]- (< G <sup>e.1</sup> )
II. [j]	-[j]- (< J, DJ, GJ).

No debemos olvidar tampoco los contextos: [j̄] (I) aparecía necesariamente, por su origen (G<sup>e.1</sup>), delante siempre de vocal palatal (*e*, *i*), mientras [j] (II) era más frecuente ante vocal no pa tal

<sup>8</sup> A. MEILLET, *Esquisse d'une histoire de la langue latine*<sup>5</sup>, París, 1948, p. 250; R. G. KENT, *The Sounds of Latin*, Baltimore, 1945, § 60.

(a, o, u) La disimilación de la palatalidad, junto con la progresiva vocalización de la consonante intervocálica, llevaría a [j] (I) a ser absorbida en la vocal siguiente, con lo cual [jj] (II) tenía campo libre, manteniéndose distinta, para simplificarse (como todas las geminadas: ·pp· > -p-, cuando -p· > -b·)<sup>9</sup>; o bien, si la absorción de [j] fué más tardía, la geminada [jj] tendió a cambiar su cantidad por un matiz cualitativo, haciéndose más estrecha, más fricativa o incluso africada [z] o [ʒ] (así como otras geminadas: rr > r̄, nn > ñ etc.)<sup>10</sup>. La tendencia diferenciadora de los sonidos I y II, seguiría, pues, este proceso:



Dejando a un lado, por el momento, al castellano, que, como se sabe, desarrolla peculiaridades frente a los restantes romances hispanos, veremos que, en efecto, el catalán y el portugués reflejan ese estado teórico: por una parte *ge.<sup>i</sup>* intervocálica desaparece, por otra los demás sonidos confluyen en [z] (o [ʒ]).

	<u>CATALAN</u>	<u>PORTUGUES</u>
- <i>ge.<sup>i</sup></i>	cogitare > <i>cuidar</i>	cogitare > <i>cuidar</i>
	magistru > <i>mestre</i>	magistru > <i>mestre</i>
	vagina > <i>baina</i>	regina > <i>rainha</i>
	nigella > <i>niella</i>	legere > <i>ler</i>
	digitu > <i>dit</i> <sup>11</sup>	digitu > <i>dedo</i>

<sup>9</sup> Véase A. MARTINET, «Celtic Lenition and Western Romance Consonants», en *Language*, 28 (1952), págs. 192-217; y nuestra *Fonología Española*, 2.<sup>a</sup> edición, Madrid, 1954, pág. 199 y sig.

<sup>10</sup> Donde las geminadas se conservan, también es geminado el resultado de -j-, -gj-, -dj-: ital. *maggio, raggio, faggio* (ROHLFS, op. cit., § 218).

<sup>11</sup> Tanto BADIA (*Gram. hist. cat.*, § 71, ll), como MOIL (*Gram. hist. cat.*, página 116), dan como posteriores y de influencia culta las palabras en que *ge.<sup>i</sup>* se mantiene como [z] (o [ʒ]): *pagense > pagês, sagitta > sageta, \*fugire > fugir* (donde, sin embargo, puede tratarse de analogía con la persona *fugio > fujo*), *sigillu > segell* etc.

		sigillu > selo <sup>12</sup>
-J-	maiore > major	ieiunare > jejuar
	*trōia > truja	*caiatu > cajado
	peiore > pitjor	cuiu > cujo <sup>13</sup>
-DJ-	*podiare > pujar	invidia > enveja
	radiare > rajar	adiutare > ajudar
	radiu > raig	hodie > hoje
	mediu > mig	video > vejo
	videamus > vejam	intaediare > entejar
-GJ-	fugio > fujo	fugio > fujo
	corrigia > corretja	pulegiu > poejo <sup>14</sup>
	fageu > faig	
	*exagiare > assajar	

Examinemos, ahora, los resultados de [j] inicial. Martinet ha hecho notar cómo en esta posición las consonantes evolucionan igual que sus geminadas correspondientes entre vocales, esto es: *p-* evoluciona igual que *-pp-*, *l-* igual que *-ll-*, *n-* como *-nn-*, *s-* como *-ss-* etc.<sup>15</sup> Es de esperar que en nuestro caso, también *c<sup>e.i.</sup>* y *j-* etc. resulten coincidentes con el resultado de *-j-*, *-dj-* y *-gj-* y no con el de *-c<sup>e.i.</sup>-*. En efecto, *c<sup>e.i.</sup>*, *j* etc. dan [ʒ] (o [ʒ̃]) en catalán y portugués<sup>16</sup>:

<sup>12</sup> NUNES (*Comp. Gram. hist. port.*, pág. 105) da como «semi-literária» la solución [ʒ]: *vigilare* > *vigiar*, *\*fugire* > *fujir*, (donde también podemos ver analogía con *fujo*), etc. Igualmente WILLIAMS (*From Lat. to Port.*, § 73.4) los considera como «learned and semilearned». Ambos en contra del parecer de CORNU (*Grundriss*, I, 1888, pág. 772), que acepta MEYER-LÜBKE, loc. cit., pág. 31.

<sup>13</sup> Junto a éstos, es frecuente el resultado [y] como en castellano: *maiore* > *maior* (> *maor* > *mor*), *maiu* > *maio*, *deiectare* > *deitar*, *peiore* > *pior* (WILLIAMS, op. cit., § 73.5.A).

<sup>14</sup> Esta solución la cree NUNES (pág. 143) «mais antiga» que la que ofrecen: *mediu* > *meio*, *radiu* > *raio*, *modiu* > *moio*, *fastidiu* > *fastio*, *perfidia* > *porfia*, *corrigia* > *correia*, *navigiu* > *navio*, *exagi* > *ensaio*, que también WILLIAMS (§ 89.5.A) considera como «semi-learned words» o bien «borrowings from Spanish».

<sup>15</sup> A. MARTINET, «Celtic Lenition and Western Romance Consonants», *Language*, 28 (1952), p. 192-217.

<sup>16</sup> Sobre port. *irmão*, *iguaria*, *Elvira*, véase adelante.

	<u>CATALAN</u>	<u>PORTUGUES</u>
G-	generu > <i>gendre</i>	generu > <i>genro</i>
	genuculu > <i>genoll</i>	genuculu > <i>geolho</i> (ant.)
	gibbu > <i>gep</i>	gibbu > <i>gebo</i>
	gelare > <i>gelar</i>	gelare > <i>gear</i>
	gingiva > <i>geniva</i>	genesta > <i>giesta</i>
	genesta > <i>ginesta</i>	
J-	iacere > <i>jaure</i>	iacere > <i>jazer</i>
	iactare > <i>gilar</i>	iactare > <i>geitar</i>
	ianuariu > <i>gener</i>	ianuariu > <i>janeiro</i>
	iudice > <i>jutje</i>	iudice > <i>juiz</i>
	deorsu > a. <i>jus</i>	deorsu > a. <i>juso</i>
	Georgiu > <i>Jordi</i>	Georgiu > <i>Jorge</i>
	diurnu > <i>jorn</i>	diaria > <i>jeira</i>

En posición interna posconsonántica, las consonantes suelen mantenerse, sin sufrir la debilitación característica entre vocales. En consecuencia, aunque su punto de articulación varíe, también se mantienen  $G^{e-1}$ , DJ, GJ, produciéndose menos confusiones, pues DJ, en el occidente de la península, suele permanecer diferenciada de las otras, con una articulación más delantera, debida, seguramente al apoyo de la consonante precedente, que, en general, es alveolar<sup>17</sup>.

Así, mientras en catalán el resultado es análogo al de la posición inicial, en portugués DJ da otra solución:

<u>CATALAN</u>	<u>PORTUGUES</u>
argilla > <i>argila</i>	argilla > <i>argila</i>
virgine > <i>verge</i>	spargere > <i>espargir</i>
viridiariu > <i>verger</i>	longe > <i>longe</i>

<sup>17</sup> Es decir, la yod sólo pudo asimilarse a la *d* en cuanto a su modo de articulación (de canal abierto), mientras prevaleció el punto de articulación más delantero (alveolar o dental) de la consonante precedente y de la *d*.

h o r d e o l u > ros. *urjol*    s p o n g i a > *esponja*  
s p o n g i a > *esponja*    a r d e o > *arço*  
v e r e c u n d i a > ant. *vergonça*<sup>18</sup>

Y además, el catalán, cuando *n* precede a *g*<sup>e.1</sup>, ésta no refuerza su estrechez, sino que pataliza la consonante precedente y desaparece: *p l a n g e r e* > *plànyer*, *l o n g e* > *lluny*, *f i n g e r e* > *fènyer*<sup>19</sup>.

Frente a esta evolución casi concordante del catalán y el portugués — a la cual se asemejan las de los dialectos aragonés y leonés —, el castellano ofrece otro tratamiento. En resumen, siguiendo a Menéndez Pidal<sup>20</sup>, lo específico del castellano reside en el trato de nuestros sonidos en posición inicial:

a) Se conservan como [y] ante vocal tónica anterior (*a, e*) y a veces ante posterior: *yace, ya, Yaquí; yermo, yema, yelo, yeso, yemdo; yunta, yugo* (estos dos últimos acaso por origen dialectal).

b) Desaparece ante vocal átona anterior (*a, e*): *ayuno, enero, echar, hermano, hinojos, hiniesta, enebro, helar, mellizo, Elvira, encía*.

c) Se conserva como [ʒ] (en lo moderno [x]), ante vocal posterior (y excepcionalmente ante *a*: *jamás*): *juez, juego, jueves, justo, joven, junto, judío, etc.*

Lo extraño de este triple tratamiento ha llevado a buscar otras explicaciones; así V. García de Diego<sup>21</sup> cree que en un principio «debemos suponer general la conservación», y que «luego por el

---

<sup>18</sup> WILLIAMS (§ 92. 3 A) considera *arzila, esparzir* como probablemente resultado «of a semilearned confusion of *c* and *g* in this position in Vulgar latin». Sin embargo, pueden ser irradiaciones del fenómeno central del castellano como lo sería *vergonha* y como WILLIAMS mismo (id. B) considera *quinientos, renbir*.

<sup>19</sup> Las excepciones *i n g e n i u* > *enginy, congesta* son atribuidas por MOLL (pág. 134) a la relativa independencia del prefijo. Pueden también ser meros cultismos. Por otra parte, el resultado *v e r e c u n d i a* > *vergonya* se deberá a la previa asimilación de *nd* > *nn*, con lo cual tendríamos el grupo *n + yod*, cuyo resultado normal es [ɲ].

<sup>20</sup> R. MENENDEZ PIDAL, *Manual de Gramática Histórica Española*<sup>9</sup>, Madrid, 1941, § 38. 3.

<sup>21</sup> V. GARCIA DE DIEGO, *Gram. hist. esp.*, Madrid, 1951, pág. 67.

juego de *ie* tónica y *e* átona que vemos en la conjugación, *riego*, *regar*, se hizo *echar* por *yechar*, y *belar* por *yelar*, y por el juego de primitivos fuertes y derivados débiles, *tierra*, *terreno*, se hizo *hermano* en vez de *yermano*, *enero* en vez de *yenero...*» No compartimos esta opinión, sobre todo porque no se nos alcanza cuáles serían los «primitivos fuertes» correspondientes a *hermano*, *enero* etc.<sup>22</sup>.

Volvamos a nuestro punto de partida: que, al comienzo, *g<sup>e.1</sup>* y los demás sonidos considerados no se confundían totalmente. El castellano, en la posición intervocálica, presenta situación análoga a la del catalán y el portugués. En efecto, *-g<sup>e.1</sup>* desaparece: *frio*, *dedo*, *maestro*, *sello*, *sesenta*, *ruido*, *saeta*, *vaina*, *escurrir*, *cuidar* etc. En cambio, los demás sonidos dan dos diferentes resultados:

-J- *meiare* > *mear*, *peiore* > *peor*; pero *maiore* > *mayor*, *maiu* > *mayo*.

-DJ- *fastidiu* > *bastío*, *praesidia* > *presea*; pero *radiare* > *rayar*, *podiu* > *pozo*.

-GJ- *pulegiu* > *poleo*, *corrigia* > *correa*; pero *exagi u* > *ensayo*, *fagea* > *haya*.

Es decir: en unos casos, desaparición (igual que *-g<sup>e.1</sup>*); en otros, conservación como [y] (mientras catalán y portugués dan [z]). Evidentemente, la causa de este doble tratamiento radica en la precedencia o no de vocal palatal (*e*, *i*). Tras éstas, [y] desaparece absorbida en ellas (aunque con posterioridad a la proveniente de *-g<sup>e.1</sup>*); tras vocal no palatal, se mantiene [y]. En suma, tendríamos que -J-, -DJ-, -GJ- confluyeron en una geminada [j], la cual perdería su primer elemento implosivo tras vocal análoga (*peor*, *presea*, *correa*); luego, al simplificarse las geminadas, desaparecería la simple. El proceso, en esquema, sería éste:

---

<sup>22</sup> Parecida a la opinión de G. de Diego es la que mantiene MEYER-LÜBKE, op. cit., p. 29: la *y* se conservaría siempre ante vocal palatal, «nur dass in tonloser Stellung, wo sonst kein *ie* vorkommt, *e* eingetreten ist»



(latín vulgar)		(primer estadio)		(segundo estadio=castellano)	
1. -G <sup>e,i</sup> -	>	·/. (pérdida)		—	
2. -e, i <sub>J</sub> -	}	>	-y-	>	·/. (pérdida)
-e, i <sub>DJ</sub> -					
-e, i <sub>GJ</sub> -					
3. -a, o, u <sub>J</sub> -	}	>	-yy-	>	-y-
-a, o, u <sub>DJ</sub> -					
-a, o, u <sub>GJ</sub> -					

En la posición inicial sería de esperar un tratamiento de nuestros sonidos análogo al del que llamamos geminado en la intervocálica, por tanto la conservación como [y]. Ahora bien, en el decurso, esta inicial podía ir precedida bien de vocal, bien de consonante final de la palabra anterior. En el primer caso quedaba intervocálica y su articulación se debilitaría<sup>23</sup>; en el segundo, se mantendría, como en posición interior posconsonántica<sup>24</sup>. De modo que tendríamos, en principio, este juego de variantes<sup>25</sup>:

1. -A G<sup>e,i</sup>- → -A ·/.<sup>e,i</sup>- (pérdida)  
-N G<sup>e,i</sup>- → -N y<sup>e,i</sup>-
2. -A J- → -A y-  
-N J- → -N ŷ-

En efecto j- se mantiene siempre en castellano (bien como [y], bien como [z]). La pérdida en *i a i u n u* > *ayuno* sería simple disimilación (como en *i u n g e r e* > \**i u n i e r e* > *uncir*, *uñir*), si no se tratara más bien de una derivación \**a d + i e i u n u* > \**a d j u n u* > *ayuno*. Por el contrario, en el caso de G<sup>e,i</sup>-, la pérdida propia de cuando seguía a vocal, se extendería a costa de la variante posconsonántica; y así, desapareció siempre en castellano. Los ca-

<sup>23</sup> Como hoy: *b* fricativa en *quiero vino*, pero oclusiva en *quieren vino*.

<sup>24</sup> Aunque en este puesto de la palabra hubo cambio en el punto de articulación: *s p a r g e r e* > *esparzer*, *a r g i l l a* > *arzilla*, *g i n g i v a* > *enzia*, *h o r d e o l u* > *orçuelo*, *v e r e c u n d i a* > *vergüença*.

<sup>25</sup> A representa cualquier vocal, N cualquier consonante.

sos supuestos de conservación ante vocal palatal tónica, tienen todos *ë* tónica, cuyo resultado diptongado *ie* es el origen de la *y*-moderna: *yerno*, *yema*, *yelo*. Si la [*y*] inicial (proveniente de *g*-) se hubiera conservado, tendríamos *\*iecto* < *\*yecho*, pues *\*iectare* < *echar* (y demás formas átonas) no habría podido extender por analogía la pérdida a las formas tónicas, del mismo modo que *gela* < *belar* tampoco ejerció su influjo sobre *bielo*, *-as* (que hubieran sido *\*elo*, *\*elas*). Así, si tenemos *echo*, *echar* (con pérdida de *y*- en ambos), el contraste *bielo/belar* no representa conservación de *y*- frente a su pérdida, sino, meramente, diptongación de *ë* tónica frente a mantenimiento de vocal átona. Por otro lado, si se supone que *yago*, *yaces* fueron capaces de hacer mantener *y*- en *yacer*, *yacemos*, entonces *bielo*, *bielas* etc., habrían hecho *\*bielar*, *\*bielamos*. El único caso en que tenemos *y*- conservada sin duda es *gypsu* > *yeso*. ¿Cómo conciliar este caso aislado con lo que acabamos de decir? No disponemos de documentación muy antigua de la palabra; los ejemplos que tenemos no se remontan más allá del s. XIII, aunque no decimos que la palabra no se usara antes<sup>26</sup>. En todos ellos aparece con *y*- conservada. Sin embargo, los derivados de *gypsu* son muy especiales y anómalos: en francés, ofrece derivación complicada e irregular<sup>27</sup>; en catalán, extrañamente, tiene inicial velar, *guix*; en leonés, donde era de esperar hoy [*ʃ*] inicial, presenta *y*- y además un resultado poco corriente de *ps*: *yelso*. Todo ello nos impulsa a ser cautos antes de aceptar el castellanismo de *yeso*. Acaso sea dialectalismo mozárabe central, adoptado tempranamente<sup>28</sup>. No hay que olvidar tampoco la existencia del arabismo

<sup>26</sup> Aparece *yesso* en *Fuero castellano de Béjar*, s. XIII, (ed. Martín Lázaro, Madrid, 1926, pág. 32), *lampadas de yeso* en «Inventario de la Catedral de Salamanca», 1275 (publ. por M. Gómez Moreno en *RABM*, 1902, p. 776), *yeso* en las *Partidas* (ed. Acad. Hist., pág. 360), *yesso* en *Saber de Astronomía*, etc. Nos complace agradecer a don Rafael Lapesa la búsqueda de ejemplos en el fichero de la Real Academia.

<sup>27</sup> Véase *FEW*, s. v. *gypsu*.

<sup>28</sup> El comportamiento del mozárabe con *g<sup>e</sup>-j-* etc. es poco claro, por la escasez de datos. Parece conservarse como [*y*]: *yenesta*, *yunko*, *yenair*, *yermaniella*

(a su vez, en árabe, latinismo) *algez*, cuyo uso medieval no es nada raro, y cuya [z] (o [ʒ]) pudo influir sobre el sinónimo *yeso*.

Otra cuestión es por qué *j*- unas veces se ha mantenido como [y] (al igual que en posición intervocálica), y otras ha pasado a [z] (como en catalán, aragonés, leonés-asturiano y portugués). Junto a: *yace, ya, Yaçüe, yugo, yunta, yuso*, tenemos: *jamás, juego, junto, junco, juicio*. Dos explicaciones pueden ser probables. Una geográfica: la solución [z], común con el portugués y el catalán (y sus derivados [ʒ] del leonés moderno, [ç] del aragonés de hoy), se extendería por el norte, mientras la solución [y] tendría más arraigo en el centro y en el sur<sup>29</sup>. El castellano, nacido en el norte, tendría en un principio [z]; más tarde, al avanzar hacia el centro y el sur y absorber los dialectos de estas regiones que tendrían [y], se llegaría a un compromiso entre ambas tendencias.

La otra explicación es de carácter estructural. Era de esperar que, así como a [z] intervocálico del catalán y portugués, correspondía en estas lenguas también [z] en la inicial, en castellano a [y] intervocálico correspondería [y] inicial. Pero dentro del decurso, ya hemos visto que esta [y] inicial podía ir precedida de vocal o

---

(MENENDEZ PIDAL, *Orígenes*<sup>8</sup>, p. 234). Pero hay pérdida en *onolyo* y *enesta* del botánico sevillano, en *Micael Ulianiz* (de una escritura toledana) y el topónimo *Unqueira* del *Repartimiento de Mallorca* (citados y estudiados por A. GALMES, «El mozárabe levantino» en *NRFH*, IV (1950), p. 331-333). No creemos que estos ejemplos, *Ulianiz, Unqueira*, como los topónimos *Unquera, Unqueira, Unza, Uncella*, (citados en *Orígenes*, p. 237), y menos los compuestos *Vallunquera, Valdunquillo, Valdunciel, Santullano* y *Santullán* (*Orígenes*, p. 237-238), sirvan para demostrar el arraigo de pérdida de *j*- inicial. Probablemente los primeros se usaban precedidos de artículo, por tanto con *-j*- intervocálica; los segundos, por su composición, tampoco tienen *j*- inicial. Por otro lado, el contraste entre *Santullano* y *Santullán* procederá de su diferente caso originario: *S a n c t u I u l i a n u y S a n c t i I u l i a n i*.

<sup>29</sup> La toponimia no nos da mucha luz: en toda la península se encuentran *Junco, Juncar, Juncal, Junquera, Juncosa, Juntas*, etc.; pero, como indica MENENDEZ PIDAL, *Orígenes*<sup>8</sup>, p. 237, abundan más en el norte, de Galicia a Cataluña, mientras que otras formas con [y] se hallan «precisamente en Castilla la Nueva, Murcia y Andalucía»: *Yuncos, Yunqueira, La Yunta, Yuguerras*. El que hoy las formas con *j* sean generales acaso sea influencia de la lengua oficial.

de consonante; en este último caso, de la misma manera que en interior de palabra, después de otra consonante, el sonido se mantenía oclusivo (aunque cambiando el punto de articulación), la [y] inicial recibiría de la consonante precedente un cierto elemento de apoyo oclusivo que conduciría a su africación en [ʝ] y [ʒ]. Luego, la tendencia a mantener invariable la textura fónica de las palabras, llevaría a generalizar una de las dos variantes: unas veces fué la variante posvocálica [y] (*yace, ya, yugo*); otras la posconsonántica [ʒ] (*jamás, juego, junto*). Así como en el interior teníamos mayor frente a *arzilla*, en la posición inicial alternarían: *elo yugo/elos yugos, elo yuez/elos yuezes, non seya ya mas/non seyan ya más*, y después se extendería una de las dos variantes (*yugo, juez, jamás*).

Claramente se dibujan, dentro de la Península, tres zonas:

a) el catalán (y análogamente el aragonés):

$$\left. \begin{array}{l} -G^{e,l} > \cdot/. \\ -J- > [\hat{z}] \text{ (y sus derivados)} \end{array} \right\} \begin{array}{l} G^{e,l} \\ J- \end{array} > [\hat{z}] \text{ (y sus derivados)}$$

Es la zona de máxima conservación y refuerzo del sonido.

b) el castellano:

$$\left. \begin{array}{l} -G^{e,l} > \cdot/. \\ -e,ij- > y > \cdot/. \\ -a,o,u,j- > yy > [y] \end{array} \right\} \begin{array}{l} G^{e,l} > \cdot/. \\ J- > y \end{array} \left\{ \begin{array}{l} \text{(tras vocal)} > [y] \\ \text{(tras conson.)} > [\hat{y}] (\hat{z}) \end{array} \right.$$

c) el portugués, donde en general tenemos la solución del catalán, pero donde se encuentran casos de tratamiento igual al castellano (como sucede también en leonés): *pe i o r e > pior, m a i u > maio, m e d i u > meio, f a s t i d i u > fastio, n a v i g i u > navio*. Se consideran a veces castellanismos<sup>30</sup>. Pero ¿por qué? ¿Son también castellanismos *irmão, Elvira, iguaria*?<sup>31</sup>. No lo creemos. Más

<sup>30</sup> Véase arriba.

<sup>31</sup> Frente a la antigua explicación, por fonética sintáctica, de CORNU (*Grundriss*, I, p. 772), consideran MAIKIEL («The Etymology of Portuguese iguaria (<iequaria)>», *Language*, 20, 1944, 108-130) y LAPESA (*Asturiano y provenzal en el*

bien, en portugués lucharían dos tendencias: una, la de tipo central que triunfó en castellano (y en el sur de Italia), que mantenía e incluso debilitaba [y]; otra, la de tipo norteño triunfante en catalán (y en el norte de Italia y Francia), que tendía al refuerzo en [z]. Esta lucha explicaría las aparentes excepciones del portugués (y del leonés) citadas.

A una mezcla análoga de tendencias se deberían también los casos anómalos del castellano: por ejemplo, *r a d i a* > *raza*, *i n o d i o* > *enojo*, *r e p u d i u* > *rebojo* etc. Podrían ser palabras dialectales del norte extendidas en el castellano general; pero también pueden deberse a pronunciación distinta dentro del latín; así como el grupo *-gr-* fué unas veces tautosilábico (y se conservó) y otras cada consonante formó parte de sílabas diferentes (y pasando por *ir*, se redujo a *r*), el grupo *-dj-* pudo ser silabeado con *d* implosiva, final de sílaba, y entonces produjo otro resultado, como si el sonido *-j-* fuese posconsonántico.

E. ALARCOS LLORACH

Universidad de Oviedo.

---

*Fuero de Avilés*. Salamanca, 1948, p. 31-33) que hubo una tendencia vulgar a suprimir *ç-* en casi toda España, pero que sólo triunfó en Castilla sobre la tendencia conservadora.